

trono un hombre, por capaz y eminente que fuese, si no era de su agrado. La resistencia de los bizantinos entre los cuales no tardó en manifestarse la reacción, y las exigencias del papa Inocencio III, hacían la situación difícil. El individuo más indicado para reconciliar todos los extremos era el caudillo principal de los cruzados, el marqués de Montferrato, que entonces tenía unos 50 años, y que por su parentesco con los Angelos y los Comnenos era aun para los mismos bizantinos, el heredero en cierto modo legítimo del trono imperial. Como al propio tiempo había tenido la habilidad de inducir á la ex-emperatriz Margarita á casarse con él, vino á ser padrastró del joven Manuel, hijo de Isaac Angelos. Mas por desgracia el marqués Bonifacio no era del gusto de Venecia, cuya política mercantil, y muchas veces mezquina, ha estado con frecuencia en contradicción con la grandeza política de la república. Dándolo y sus consejeros creían que no convenía á los intereses de Venecia un emperador tan enérgico y hábil y además amigo de los Hohenstaufen que ocupaban el trono de Alemania. Por los mismos motivos opúsose Dándolo también á la elección de Enrique de Flandes, y consiguió hacer recaer la corona del nuevo imperio, reformado á la manera feudal de Occidente, en la cabeza del hermano de Enrique, el conde Balduino, que efectivamente fué elegido el 9 de mayo de 1204 en la antiquísima iglesia de los Apóstoles y co-

ronado solemnemente el día 16 en la basílica de Santa Sofía.

Bonifacio de Montferrato no se disgustó por esto y se conformó sin dificultad con el papel de primer magnate después del emperador y su primer vasallo. En efecto, además de la isla de Creta, que le había concedido ya en calidad de feudo el joven Alejo IV cuando fué proclamado emperador, recibió la promesa del señorío de las provincias asiáticas cuando fuesen conquistadas; y además obtuvo del nuevo emperador Balduino contra el deseo de este, que le fueran concedidas en lugar de las provincias del Asia Menor las de la Grecia antigua con Salónica por capital que constituirían con Creta un reino dependiente del nuevo imperio greco-latino que recibió el nombre de Romanía.

Luego que Balduino fué coronado, los venecianos tomaron posesión de la basílica de Santa Sofía, donde en contravención á lo pactado, y á pesar del clero francés y de la protesta del papa, nombraron 13 canónigos venecianos que á su vez eligieron patriarca, católico romano por supuesto, á su compatriota Tomás Morosini. Este patriarca, después de algunas dificultades, fué consagrado solemnemente obispo de Constantinopla por un legado del papa Inocencio III en la iglesia de San Pedro el 13 de mayo de 1205.

Con esto quedó al parecer borrado del mapa el imperio bizantino y condenada definitivamente la Iglesia cismática griega

LIBRO SEGUNDO

LOS BIZANTINOS Y TURCOS DESDE LA CRUZADA LATINA HASTA LA CONQUISTA DE CONSTANTINOPLA
POR LOS TURCOS

PARTE PRIMERA

LOS OCCIDENTALES Y LOS BIZANTINOS HASTA LA RECONQUISTA DE CONSTANTINOPLA
POR LOS PALEÓLOGOS

CAPITULO PRIMERO

EL IMPERIO LATINO FEUDAL Y LA REACCION GRIEGA SOBRE LAS RUINAS DEL IMPERIO BIZANTINO

La espantosa catástrofe y los infortunios indecibles que cayeron sobre los bizantinos desde los sangrientos días de abril de 1204, hicieron casi olvidar los errores de los Angelos y todos los defectos é iniquidades del absolutismo imperial. La historia también ha reconocido al cabo de siglos que la conquista del imperio bizantino por los cruzados y venecianos fué para el pueblo bizantino y para el mundo una gran desgracia, porque era la victoria de la barbarie sobre la civilización, y por carcomido que estuviera el edificio político bizantino, era imponente por su cultura y un poderoso y bien probado baluarte de Europa contra los pueblos asiáticos bárbaros. Los vencedores, aunque menos bárbaros que estos, no eran capaces todavía de fundar sobre las ruinas del imperio destruido, un nuevo edificio sólido que pudiera continuar la misión del bizantino.

La noticia de la conquista de Constantinopla causó un verdadero estupor en todos los pueblos del Occidente, del Norte, y del Oriente hasta Pekin. La admiración que excitaron y el aplauso que tuvieron los héroes de la cruzada que habían logrado lo que no habían podido conseguir innumerables ejércitos valientes en nueve siglos, fueron tanto más sinceros cuanto que el mundo no conocía el estado lamentable en que los conquistadores encontraron el imperio y su ejército. Pero muy pronto probaron los sucesos lo poco merecido de aquel aplauso, porque concluida la tremenda embestida y llevada á cabo la consiguiente destrucción de la capital y del imperio, vióse que los vencedores carecieron de fuerza para continuar su obra, y fundar sobre las ruinas de un imperio civilizado y culto, otro feudal á la manera de los países occidentales. Ni siquiera fueron capaces de proteger á sus hermanos los cristianos de Oriente contra sus opresores los mahometanos. Si el emperador alemán Enrique VI hubiese tenido la suerte de plantar su pendón en las almenas de los palacios de las Blaquernas y de Bucoleon, habría quizás fundado un imperio universal bajo el cetro de su raza y por el sistema feudal de la edad media aunque hubiera sido un perjuicio para la Alemania. Cuando menos, habría tenido la fuerza armada necesaria compuesta de guerreros alemanes é italianos, así como colonos bastantes para establecer sólidamente su dominio en la península balcánica.

Los victoriosos caudillos franceses é italianos estaban muy lejos de hallarse en este caso, ni siquiera tuvieron un plan político general ni particular, excepto el dux de Venecia que lo tenía muy preciso aunque solo parcial y exclusivamente veneciano. Los vencedores no supieron qué hacer con su

EL IMPERIO BIZANTINO

conquista. Los jefes independientes entre sí podían constituir con sus tropas un ejército heterogéneo para una empresa formidable pero transitoria, para una arremetida terrible, pero no un ejército permanente para sostener un imperio creado en un instante en un suelo extraño, ni para conservar la unión entre los nuevos dominios y la patria de los conquistadores, que implantados en los territorios conquistados, quedaron aislados y privados de refuerzos para sostenerse, consolidar y aclimatar su dominio.

Con la toma de la capital se hizo añicos todo el imperio, y ante este desmoronamiento general faltó hasta la esperanza de una dirección unida, general y homogénea.

Posteriormente hasta principios del siglo xv prevaleció en aquella parte la política de Venecia; pero inmediatamente después de la conquista esta república no pudo servir de columna y puntal á una nueva creación política, de suerte que al morir el dux Dándolo, renunció á una parte importante de su botín territorial. Tampoco la sede romana tenía entonces los medios ni el poder materiales para proteger á los conquistadores del imperio cismático, aun sin contar con la dificultad de precisar su propia posición en el nuevo estado de cosas á orillas del Bósforo. En efecto, por mucho que le conviniese la destrucción del poder que había sido el brazo secular de la iglesia cismática griega, ni Inocencio III ni ningún otro papa podía aprobar oficialmente la destrucción del imperio, ni mucho menos los horrores cometidos en la capital, ni menos todavía la secularización de los bienes de la iglesia griega. A todas estas dificultades se agregó la certidumbre de que la implantación del dominio eclesiástico de Roma en el imperio griego, la sumisión forzosa de los cismáticos al papa y la introducción del culto romano, ineludible para el papa y los príncipes conquistadores, habían de hacer imposible toda reconciliación de los pueblos bizantinos con el nuevo estado de cosas; es decir, que los cruzados y el clero romano tenían que ser permanentemente lo que eran: conquistadores en país enemigo.

En efecto, los príncipes y caballeros que tomaron posesión en el verano del año 1204 de sus respectivos feudos, solo pudieron sostenerse espada en mano reforzándose con los cruzados que regresaban de Levante, ó buscando el auxilio de Venecia, el apoyo del papa, y llamando eventualmente aventureros de Bélgica, Francia é Italia á su servicio, por lo general sin éxito. Fuera de algunas comarcas del Mediodía de Grecia y de las islas, no consiguieron imponer su señorío y régimen feudal en ninguna parte, y por lo mismo no ofrecen sus esfuerzos y dominio efímeros ningún interés para la historia. Los lugares donde dominaron tuvieron ocasión de experimentar el gobierno brutal y sanguinario de estos señores y de su sistema feudal. Mas importantes fueron los sucesos que señalaron el reinado del segundo emperador occidental. En las